

Intervención de Martiniano Acosta durante el lanzamiento del libro *En un lugar del paraíso,* de Guillermo Henríquez

GUILLERMO HENRÍQUEZ BORRÓ LA DISTINCIÓN ENTRE VIDA Y OBRA

Martiniano Acosta



Gracias a la vida que le ha dado tanto: le dio el sonido y el abecedario

Si hay un aspecto importante en la vida de un ser humano que lo define como un guerrero, son sus actos o sus luchas a favor de algo o de alguien y, mejor aún, si esto lo hace con pasión. La vida de Guillermo Henríquez siempre estuvo enmarcada en contextos complejos porque su temperamento crítico, contestatario, lo condujo a ser abierto, a no aceptar las acciones injustas y a decirle la verdad a cualquiera en la cara, sin pelos en la lengua.

Cuando la vida le regaló el sonido, sintió mucha admiración por la canción «Something's Got To Give», también por Marilyn Monroe, por la comedia, por el cine y la música. Se volvió un apasionado por la música folclórica de su tierra, la de Guillermo de Jesús Buitrago Henríquez, apodado El Jilguero de la Sierra Nevada de Santa Marta y El Trovador del Magdalena. Entonces, andando el tiempo, escribió artículos y un libro sobre la música del Magdalena, titulado *Cienaguas: la música del otro valle*. Por supuesto que muchas veces lo escuchamos hablar también, sin distingo alguno, de música clásica y de la música americana, que conocía bien.

Esa misma vida le regaló el abecedario para que describiera a Ciénaga con sus complejidades sociales, históricas y psicológicas. De tal manera que, con la palabra se convirtió en un amante del arte, de la literatura, de la dramaturgia, de la crítica y del ensayo.

Su gran amigo Clinton Ramírez, un conocedor de su obra, lo presenta así: «Guillermo inició la carrera literaria escribiendo cuentos a finales de los años cincuenta. Algunos de estos relatos incipientes los reescribió mientras concluyó el bachillerato. Se los llevó con él a Barcelona en 1970 y de uno de ellos salió el drama *El cuadrado de Astromelias*, estrenado en noviembre de 1972 por el grupo experimental Gogó. Intentó incluso publicar el libro sin ningún éxito. Pero, aparte del drama, derivado del relato de igual título, Guillermo conservó en una maleta el cuaderno con los cuentos iniciales, y se dedicó el resto de los años setenta y la década siguiente a cimentar su carrera de dramaturgo con títulos definitivos como *Escarpín de señora*, *Marta Cibelina* y *Detrás del abanico*. Solo a finales de esta década retomaría el viejo cuaderno de cuentos y esbozos. Esta vez no para transformarlos en otras tantas piezas teatrales sino para saldar viejas deudas con el género, cargado sin duda de nuevas experiencias vitales y formales. El resultado inmediato fue el libro: *Historia de un piano de cola* (1989), al que le siguieron *Sin brujas ni espantos* (1996) y *Ayer solo ayer*, de 2003»

La vida homosexual –en sus diversos intrínsecos– ocupó un lugar principal en la producción literaria del autor, siendo los cuentos «Poster» y «A lo oscuro metí la mano» dos muestras sobresalientes. A su vez el cuento «Silvia se va de paseo» y el drama *El cuadrado de Astromelias* son ejemplos de un Guillermo en plan de poetizar la vida de explotación, pobreza y hambre de los excluidos, un interés genuino, temprano y permanente, que adelantó con plenos conocimientos, según puntualiza Clinton Ramírez.

La vida le dio la marcha de sus pies cansados, con ellos anduvo ciudades y charcos, playas y desiertos, montañas y llanos, y la casa suya, su calle, su patio, sus hermanos y su madre

Justo es decir que la vida también le regaló a Guillermo un par de pies que nunca se cansaron de caminar. Fue un hombre tan perseverante que cuando emprendía una tarea la trabajaba con mucha pasión, tal como lo dijo el poeta y filósofo alemán Nietzsche que trabajar con pasión significaba llenar el corazón de sangre.

Clinton Ramírez, escritor cienaguero, se convirtió, meses después del fallecimiento de Guillermo, en su biógrafo, con esta compilación que hoy se lanza en homenaje a ese gran amigo y escritor Guillermo Henríquez Torres, titulada *En un lugar del paraíso*, que recoge cuentos la mayoría de ellos inspirados en experiencias de Ciénaga, Santa Marta y Barranquilla, y que se publica gracias al esfuerzo de la Editorial de Unimagdalena.

Guillermo terminó su bachillerato en los años 60, luego estudió sociología en la Universidad Nacional de Bogotá, carrera que abandonó en 1964. Fue docente en el San Juan del Córdoba en los setenta, al regresar de España; director de la Casa de la Cultura de Ciénaga en varias oportunidades; dictó clases de teatro en Bellas Artes en la década de 2010. Fue documentalista, escribió guiones y actuó en películas y documentales. En la Gobernación del Magdalena, en la administración del General Bonet Locarno, fue asesor de la Oficina de Cultura y estando allí nació el proyecto Colección Dorada de Autores del Magdalena. Participó en la elaboración de la documentación que concluyó con la declaratoria del centro histórico de Ciénaga como monumento nacional. Vivió con su madre Helena Torres y, a la muerte de esta, con sus hermanos. Vivía solo al momento de su muerte, rodeado de libros, discos, cuadros y antigüedades como lo muestra la portada del libro que lanzamos, una foto de Luisa Fernanda Ramírez, quien se la tomó en noviembre de 2017 en su casa de la calle Magdalena.





Gracias a la vida que le dio la risa, el diálogo, así distinguió dicha de quebranto, los dos materiales que forman sus libros...

La vida también le regaló una familia que, según su compilador, Clinton Ramírez, «fue una familia que perteneció a la aristocracia criolla del norte del Magdalena. Los cienagueros Félix Henríquez y Helena Torres, sus padres, alcanzaron a beneficiarse de la bonanza bananera en el contexto de la United Fruit Company. Vivieron, por igual, como muchas otras familias bananeras, los efectos devastadores del fenómeno cuando la compañía abandonó la región.

La vida le dio la risa, el diálogo, la gracia para la farsa, como sucede en *Escarpín de señora*, *Marta Cibelina* y *Detrás del abanico*. La vida le permitió estudiar teatro en la Escola D' Art Dramatic Adriá Gual de Barcelona, ciudad donde estrenó *El cuadrado de Astromelias* ante un público que incluía a figuras como García Márquez y Carlos Fuentes.

Pero también la vida le dio dichas y quebrantos como le ocurre a todos los seres humanos. A pesar de la amistad entrañable que los unía, hubo serias discrepancias o discusiones, que lo distanciaron de Gabriel García Márquez, con quien almorzaba todos los jueves en su casa de Caponata 6 en Barcelona.

Sabíamos que Guillermo era un hombre terco y muy polémico. Las veces que me visitó en mi casa, pues me apreciaba bastante, era para contarme sus quebrantos y sus dichas. Me contaba los argumentos de sus cuentos, de sus ensayos, o alguna controversia, con Gabriel García Márquez o con Roberto Bolaño, el escritor chileno. Generalmente, la conversación giraba alrededor de supuestos plagios de estos dos grandes escritores de la literatura latinoamericana. Llegaba a mi casa bajo un sol de escándalo, con parchones de sudor en su camisa. Allí descansaba mitigando el calor y el cansancio con varios vasos de agua fría o alguna aromática o un tinto.

Me contaba las discusiones con temas tan sonados en la región como el vallenato o que *Cien años de soledad* nació en Ciénaga y sus personajes fueron tomados todos de esta, sobre todo, de la familia Henríquez. Por esa razón, escribió el libro *El misterio de los Buendía. El verdadero trasfondo histórico de Cien años de soledad*. Podía hablar horas sobre el tema.

Según Clinton Ramírez, Guillermo era «Enemigo de las teorías estéticas, de los géneros puros, de la esclavitud a la gramática, a contracorriente por vocación y decisión, Guillermo tramó la literatura que le vino en gana y jugó con los artefactos literarios todos los juegos que quiso. El sarcasmo, la burla feroz, el apunte fino intercambian saludos una y otra vez en los cuentos de Guillermo. En ellos igual recoge, sin espantarse, leyendas, rumores y los notorios enfrentamientos y malentendidos de la historia pública y privada de la región y el país».